

CINCO TESTIMONIOS



Rebeca Llames, en el Klenzpark de Ingolstadt. Al fondo, el Neues Schloss (castillo nuevo), que inspiró el mito de Frankenstein. | R. LL.

“No hay puestos para todos los universitarios”

➤ M. P.

Rebeca Llames, langreana de La Felguera, 38 años, se licenció en Derecho en Oviedo a un suspiro de la crisis. Era 2007, se fue a Bilbao, completó estudios con un máster en Derecho de Empresa en Deusto y en 2015, después de trabajar en los servicios centrales de BBK (actual Kutxabank), era oficial de notaría. Cuando pidió una excedencia de año y medio pensaba viajar a Ingolstadt, uno de los ejes de la industria de la automoción alemana, un poco para probar. “El que hoy es mi marido trabajaba allí como ingeniero” y la idea era estudiar alemán y sondear el mercado laboral sin demasiada esperanza, “dado que Alemania tiene mucho empleo disponible, pero sobre todo para carreras técnicas”. Al año de llegar, no obstante, ya sabía que quería quedarse. Que Asturias no tenía modo de igualar “las posibilidades laborales y económicas que Alemania podía ofrecerme”. Trabaja en el departamento de Recursos Humanos de la empresa en la que se desarrolla el software para el control del panel de instrumentos de automóviles de Audi, Porsche y otras marcas del grupo Volkswagen y contempla el retorno como una especie de quimera en la que “si las empresas quieren que volvamos, deberían ofrecernos un sueldo digno y unas condiciones laborales semejantes a las de otros países. Supongo que todos los que estamos en el extranjero pensamos igual”. Hay en su razonamiento una confluencia con quienes opinan que el defecto que corta el camino de regreso a Asturias tiene más de obstáculo laboral que de impedimento formativo, o que reside más en la estructura y el tamaño del tejido productivo que en la Universidad o los centros de FP. Más que el supuesto divorcio entre la oferta de profesionales y las demandas del mercado pesa la falta de “oportunidades laborales para todos los universitarios”.



Daniel Fernández, en el Camp Nou. | D. F.

“Lo importante es el paso hacia la innovación”

➤ M. P.

El ejemplo de Daniel Fernández sirve porque define la convicción temprana de la necesidad de marcharse. Ovetense de treinta años, ya va a cumplir tres fuera de Asturias entre unos meses en Brighton (Inglaterra) y el grueso en Barcelona, donde trabaja en el departamento de Operaciones Contables de la farmacéutica Bayer. Su perfil de emigrante en los años siguientes a la Universidad –estudió Administración y Dirección de Empresas en Oviedo– encaja sin dificultad en el prototipo de la última oleada expatriada, del joven que al salir de la Universidad mira a su alrededor y se va. ¿Por qué? Al principio consciente de que “una vez que te vas las posibilidades de volver a corto plazo son limitadas”; poco después convencido ya de que “es lo mejor que he podido hacer. Durante estos años he crecido mucho a nivel personal y profesional. Si me hubiera quedado en Asturias, probablemente me habría llevado más tiempo conseguirlo”.

No ha dejado de mirar de reojo a su tierra, lidera la delegación de Compromiso Asturias XXI en Barcelona y allí se discute a menudo sobre las distintas versiones del retorno. Daniel abrazaría una en la que se pusieran “los medios necesarios para que las empresas de la región puedan ser lo suficientemente competitivas como para ofrecer salarios que al menos se acerquen a los que un joven licenciado puede tener a su alcance fuera de Asturias. En estos momentos, eso parece complicado”, por eso aporta a la receta la atracción de empresas, sobre todo las de las Tecnologías de la Información y la Comunicación y acaba dejando una pregunta en el aire. “Siempre menciono el ejemplo de Barcelona y la innovación. Una ciudad que siempre ha destacado por su tejido industrial ha sabido subirse al carro de la innovación, convirtiéndose una referencia. Si esto funciona aquí, ¿por qué no en Asturias?”

Viene de la página anterior

Son las reglas nuevas de un mundo diferente donde el movimiento es inevitable, y ya no se emigra igual. Profundizando a la búsqueda del origen del fenómeno, Alberto Canteli identifica en Asturias un desajuste entre el tipo de profesionales que forma y la clase de empleos que pide su tejido productivo. En el fondo, según la versión de Jonás Fernández, puede que no haya tanto un problema de formación, porque ahí fuera encaja la gente preparada aquí dentro, como una disfunción “de tamaño”. Del tamaño de la economía asturiana desde que la reconversión industrial la jibarizó, aporta el economista. A la luz de su tesis, el crecimiento económico y demográfico de la hinchazón industrial del siglo XX dejaba, tras la caída del sector, “dos opciones”. Cabía un estilo Margaret Thatcher, de cierre de

empresas y éxodo inmediato de población, o la más española “política de mantenimiento de habitantes inactivos mediante una estrategia de rentas”. La opción aparentemente menos traumática, la segunda, también tiene consecuencias: deja de entrada a la población en casa, pero a cambio aplaza las salidas a las generaciones siguientes. Los que pierden su empleo de inmediato ya no se van, “pero como la economía tiene aún un tamaño no adaptado al de la población que sostiene”, el ajuste se desplaza hacia delante en el tiempo. Mejor: “Socialmente, no es lo mismo expulsar a universitarios jóvenes y bien formados que a gente con 45 años que viene de trabajar en un lavadero de Hunosa”.

Sea como fuere, las circunstancias del entorno definen también, o sobre todo, el tipo de huida. No se van con la misma alegría los millennials que los nacidos en los setenta, los



El tamaño de la economía asturiana tras el ajuste de la reconversión y la política de rentas aportan claves para entender la dimensión del éxodo

impulsados por la crisis que aquellos otros que todavía podían permitirse una dosis de aventura o de ambición profesional al hacer las maletas. “Nunca fue fácil”, “no nos íbamos con cinco ofertas sobre la mesa”, recuerda Jonás Fernández en representación de los que partieron con el cambio de siglo, pero “esa perspectiva de que cada vez íbamos a tener más oportunidades, o de que mi vida iba a ser mejor que la de mis padres, tal vez no la ha conocido la gente que viene detrás”. La crisis ha ennegrecido la esperanza, a esa generación le falta el “legado de optimismo sobre el futuro”. Les ha costado más. Se van más expulsados, si cabe la expresión, más urgidos por la necesidad, con menos dosis de aquella perspectiva de poder cambiar de empleo para mejorar cada cierto tiempo que él veía en el Madrid de sus primeros años, cuando “en tres o cuatro años podías pasar a ganar el doble”.